

TARDE DE VERANO

Por RAFAEL OSORIO R.

Las chicharras son parte integrante del verano. El nombre es desapacible como su canto, pero antiguamente tenían un sonoro, poético y eglógico blasón. Se llamaban cigarras y alzaban su canto estival, o en los campos helénicos, o entre las ruinas memorables, o en el austero Toledo, sobre las alabadas orillas de su río. Sus notas se escuchan todavía entre la música de los himnos griegos o en las octavas armoniosas de algunos dramas españoles.

Cuando cae el sol en torrentes verticales de fuego deslumbrador, cantan las chicharras. Salta su canto sobre el cristal diáfano del aire; sin concierto al principio, de sitios diferentes, cae su canción como granos de oro, repiqueando en la copa de purísimo metal del medio día. En la plaza casi sola, cae la sombra de las anacumas, los mangos y las açacias; sobre éstas se encienden las grandes flores ardientes. Reverbera el sol y el aire se mueve como una pesada marea incandescente; se pliega la atmósfera con el temblor caliginoso. Cruzan bajo los árboles personas de diversa condición, pero de igual fatiga y el mismo sopor melancólico. Los nervios se adormecen, la sangre golpea en la piel sudorosa, los ojos arden y se contraen bajo la luz intensa. El cielo azul parece rasgarse de brillo y de color. Los parterres se agostan en un tinte amarillento y desolado y se abren los poros de todo lo que vive en un anhelante gusto de humedaa.

El mundo se ha vuelto de metales sonoros; toda nota tiene una vibración aguda; sobre la plaza sofocante caen las campanadas verdidas desde las torres impasibles. Los azulejos de los mosaicos que guarnecen el campanario, lanzan sus flechas irisadas. En el silencio denso flotan pesadamente todas las cosas. De pronto, en aquella laguna de sueño y silencio cae un grano de oro, luego otro y otro... en una dudosa armonía; repican en la atmósfera cristalina y luego se juntan todas las notas en una cascada concentrada, densa, pene-

trante. En el centro de la amplia plaza se levanta un samán gigantesco, verde y rosa; sobre la cúpula esmeralda del follaje, se estremecen las estrellas tiernas de las flores. Sobre los gajos de ébano, cubiertos de musgos y parásitas, se sostiene el gran dombo tembloroso. Desde allí cae el canto estival; parece como si rodara por las muelles ramas de hojas claras y luego se desprendiera, evaporándose y llenando la vasta plaza.

El gran parque de samanes está ahora completamente desierto. El sol cae sin piedad sobre las hojas amarillentas y mustias. Ya no se escucha el rumor del viento lejano y las cigarras han dejado de cantar. La naturaleza entera parece languidecer y achicarse bajo el imperio de este sol implacable del trópico. En medio de esta inmovilidad y de este silencio, sobreviene una parálisis general en la actividad exterior de todas las cosas, para vivir cada una en su propio mundo íntimo y misterioso. Como en un extraño letargo, el espíritu empieza a perderse en un fantástico mundo de ensueño y de ilusión. Pero estos momentos de apacible calma son siempre fugaces en el llano. Otra vez la naturaleza se conmueve y tiembla en una oleada impetuosa de sonidos y de clamores, otra vez la floresta deja escuchar su vibrante melodía de verano y otra vez el viento arrebatá las palmeras hasta el cielo, azul y luminoso.

Rafael Osorio R.

